



Primeros suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 20.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, 6 sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs.—Seis meses 54 rs.—Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 14 Mayo 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs.—Seis meses
42 rs.—Un año 80 rs.—Estrangero, Cuba y
Puerto-Rico, un año 6 pesos.—América y Asia,
8 á 15.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Jacinto Labaila.—
Las jorobas, por D. Rafael Blasco.—El Bombix
Cynthia y el Ailanto.—Las órdenes religiosas,
por D. Carlos R. de Arellano.—Dieu protege la
France: Historia de un napoleon, (continuacion)
por D. Manuel del Palacio.—La primavera (poesía),
por Doña Antonia Díaz de Lamarque.—A la
fiesta del Cristo del Grau (poesía), por Don
J. Aguirre.—El silencio: Armonía nocturna
(poesía), por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Feli-
cidad doméstica (continuacion), por D. Antonio
de Trueba.

Láminas. La primavera.—El gusano de
seda Bombix Cynthia y el Ailanto.—Geroglífico.

CRÓNICA DE TEATROS.

Grande es nuestra alegría, cuando en-
tre el cúmulo de producciones de
brocha gorda, espectáculos de má-
gia, dramas febricitantes y sainetes
con pretensiones de comedias cultas, descuella
alguna obra artísticamente bella que viene
á enriquecer nuestro moderno repertorio tea-
tral, dando un solemne mentís á los que creen
descarrilado para siempre el buen gusto de la
escena española: nosotros no somos de esa
opinion; creemos que se escribe mucho, y
mucho baladí; pero no dejamos de conocer
que no transcurre nunca un año sin que algu-

na obra de mérito venga á recordarnos que
hubo una época en que fuimos los primeros
dramáticos del mundo.

Tenemos todavía los brios y la sangre de
la raza predilecta de Talía, y mientras los
obstáculos que se le oponen; y el paladar del
público, acostumbrado á los groseros manja-
res que le administran de continuo, saborea
con fruicion cada vez que llega á sus labios
algun fruto dulce y suave, el público que ríe
y aplaude diariamente chistes groseros y efec-
tos de relumbron queda embebecido y suspen-
so cada vez que oye alguna obra castiza, li-
teraria, española.

A través del mal gusto dominante, se
abre camino el drama literario, forzando los
obstáculos que se le oponen; y el paladar del
público, acostumbrado á los groseros manja-
res que le administran de continuo, saborea
con fruicion cada vez que llega á sus labios
algun fruto dulce y suave, el público que ríe
y aplaude diariamente chistes groseros y efec-
tos de relumbron queda embebecido y suspen-
so cada vez que oye alguna obra castiza, li-
teraria, española.

No está perdido el teatro Nacional cuan-
do escriben García Gutierrez, Ayala, Tamayo
Hurtado y otros.

La representacion en el teatro del Prín-
cipe de la corte de *El Toison roto*, nos ha
traído á la memoria las anteriores observa-
ciones.

Unánime la prensa en tributar elogios á
la mencionada obra, apellidándola joya lite-
raria, nos demuestra la proposicion que an-
tes sentamos, de que no transcurre un año
cómico sin que se dé al público alguna pro-
duccion importante; la actual temporada no
habia aun producido obra digna de figurar
entre nuestras joyas literarias; pero el señor
Hurtado, que habia hecho concebir grandes
esperanzas de su talento dramático en *El aní-*

llo del Rey y en otras producciones, ha ci-
mentado su reputacion y ha realizado las es-
peranzas que de él se concibieron, escribiendo
El Toison roto, que llena todas las noches
el coliseo del Príncipe, y que ha merecido
unánimes aplausos.

En dicho coliseo se ha estrenado tambien
con satisfactorio éxito, la linda pieza en un
acto *La gallina ciega*, del Sr. Bermejo.

El teatro de Variedades ha abierto sus
puertas para cobijar á una ilustre artista es-
trangerera, á la señorita Civili, que ya el pú-
blico de Madrid habia tenido ocasion de aplau-
dir con justicia. Ha representado hasta ahora
Los dos sargentos y *Marta Juana*, y en uno
de los entreactos de la segunda produccion
leyó, como alusiva al día, la magnífica oda
de D. Juan Nicasio Gallego, *Al Dos de Mayo*.

Acerca del éxito, y de la opinion que me-
rece en la corte la distinguida dramática ita-
liana señora Civili, transcribimos lo siguiente
de un periódico de Madrid:

«Nadie ignora las prodigiosas facultades
artísticas de aquella eminente actriz; todos la
han admirado ya en muchas producciones del
teatro italiano; todos han hecho justicia uná-
nimemente á sus privilegiadas dotes, y todos
cuantos en algo aprecian las manifestaciones
del arte dramático, han sentido, en medio
de la satisfaccion con que la han escuchado y
aplaudido, que ese génio que les admira y
encanta, no haya visto mecense su cuna en
tierra española. Esta fue la razon que en el
pasado año inspiró á muchos la idea de acon-
sejar á la señora Civili el que se dedicara al
estudio de nuestro idioma y tomase carta de

naturaleza entre nuestros artistas; idea que pareció entonces ofrecía grandes obstáculos para aquella, pues no se dominan ciertamente con facilidad las diferencias que existen entre lenguas distintas, siquiera sean tan afines como la española é italiana.

Pero los que anoche oyeron en el teatro de Variedades, cómo y de qué manera, y con qué profundo sentimiento, con qué facilidad y vigor patriótico, séanos lícita esta frase, leyó la señora Civilí la magnífica elegía *Al Dos de Mayo*, original de D. Nicasio Gallego, no pudieron dudar ya de que aquella inspirada artista vencerá en un término muy breve, las dificultades que la ofrece aun nuestro idioma, y que en su voluntad únicamente estriva el que las domine por completo.

Hoy se nos ha dicho, y de todas veras aplaudirémos este suceso, que dentro de algunos dias se dará en uno de los teatros de Madrid una funcion dramática, con objeto benéfico, en la que la señora Civilí representará, en compañía de algunos de nuestros mas distinguidos artistas, algunas obras del repertorio español.

El teatro Real se ha cerrado por la presente temporada despidiendo á su público con los beneficios de las Sras. Lagrange y Penco.

El Circo tambien ha concluido sus trabajos poniendo en escena, dos dias antes de cerrarse, la zarzuela de *Salamanca á Madrid*, con éxito desgraciado.

En el teatro de la Zarzuela se han puesto en escena la pieza en un acto *Buena boda!* del Sr. Herranz, una zarzuela en un acto titulada: *Despierta y dormida*, que gustó poco, y otra tambien en un acto, música del señor Arche y letra de la señora Balmaseda, con el título de *Una escapatoria*, siendo llamada á la escena nuestra colaboradora la indicada señorita, que no se presentó por no hallarse en el teatro.

Novedades ha puesto en escena una comedia de magia, anónima, titulada *Amor fino y amor basto*, que disgustó al público, retirándose en seguida de la escena, y los apópsitos *El león del Dos de Mayo* y *El pueblo y la patria en cueros*, originales del señor D. Juan Alba, que esta vez ha seguido el camino de su tocayo de apellido, el Sr. Gu-tierrez de idem, dichos *apópsitos políticos* fueron muy aplaudidos como era de esperar atendido el género.

En Francia se ha estrenado con extraordinario éxito un drama de Mr. de Girardin, en el que segun algunos periódicos, tiene parte Alejandro Dumas, hijo, titulado: *El suplicio de una muger*; hace tiempo que el teatro francés no habia producido una obra que causase tal sensacion.

Se ha representado, por fin, la *Africana*, de Meyerbeer en Paris, y el éxito no ha correspondido á las esperanzas que se tenían de dicha obra, que es inferior á *El Profeta* y á *Los Hugonotes*, segun dice la prensa estrangera.

El maestro Gonnod ha marchado á Italia á terminar su nueva ópera *Giulietta é Romeo*.

La distinguida contralto de nuestro teatro Principal señora Sanchioli ha sido escriturada para la próxima estacion de verano para el teatro de Baden-Baden, marcándole en la contrata la condicion de debutar con el *Trovatore*, en cuya ópera raya á extraordinaria altura.

El actor característico Sr. Arderius ha firmado ya un contrato con la empresa del teatro de Varietés de París para llevar á dicho coliseo en el verano próximo un cuadro de zarzuela y otro de baile, compuesto de notables artistas de ambos géneros, entre los que figura el baritono Sr. Landa y las bailarinas Petra Cámara y Guerrero. El Sr. Arderius se propone dar á conocer al público parisien varias de nuestras zarzuelas.

Los periódicos de Portugal hacen grandes

elogios de la compañía de zarzuela que ha empezado á actuar en el teatro del Circo de Lisboa y en especial de la primera tiple Sra. Zamacois.

La Sra. Boldum está siendo muy aplaudida en Alicante y ha conseguido una verdadera ovacion representando *Lo Positivo*.

Muy pronto empezará á actuar en Aranjuez la compañía que ha formado el Sr. Ugalde que será dirigida por nuestro compatriota el primer actor Sr. Jordan.

En el teatro Principal de esta ciudad sigue llamando la atencion la notabilidad musical Sra. Borghi-Mamo: desde nuestra última crónica ha cantado tres veces *el Barbero de Sevilla* y una *Otelo ó el moro de Venecia*, no egecutada hace muchos años en Valencia.

En la primera de las citadas óperas obtuvo un éxito mas caloroso que en las representaciones de la *Saffo*. El baritono Sr. Várvaro estuvo tambien admirable.

En el *Otelo* la señora Borghi-Mamo se elevó á la altura de su envidiable reputacion en toda la obra, y especialmente en el acto tercero. Tres veces fue llamada á la escena en medio de nutridos y generales aplausos.

JACINTO LABAILA.

LAS JOROBAS.

Estudio geográfico-filosófico.

No sé por qué motivo se llaman faltas ó defectos ciertos vicios de configuracion del cuerpo humano: bueno que se considere como falta el ser ciego ó cojo ó manco; pero es solemne desatino decir que tiene faltas un hombre que cuenta veinticuatro dedos, ó una nariz que vale por dos, ó una joroba como la de un camello.

Una joroba, sobre todo, no solo no es falta, sino que es una sobra bien pronunciada y bien visible; un jorobado no solo es un hombre completo, sino que es mas que un hombre, es hombre y cuarto ú hombre y medio, segun las proporciones del apéndice: es como un libro ilustrado con adiciones y comentarios ó como una tanda de walses con coda.

La joroba es una especie de berruga monstruosa que lleva acuestas ó al pecho, ó atrás y adelante, el afortunado mortal que goza de tan singular privilegio; es un globo aereostático que se escapa de sus costillas y pugna por levantar el vuelo á las regiones etéreas; es la aspiracion de la materia á espiritualizarse, problema de que tanto han hablado ciertos filósofos sin citar este egemplo, ignorado hasta ahora de la ciencia.

El hombre, segun refieren los sagrados libros, fue hecho de lodo; por lo tanto podemos definirlo geográficamente diciendo, que es una estension de tierra de forma irregular, limitada por la atmósfera por todas partes, escepto por una, ó mejor dicho por dos, que le ponen en comunicacion con el globo terráqueo. Esto se entiende del hombre sano y con edad bastante para andar solo, porque es claro que los niños se comunican con la tierra por las cuatro estremidades, y pasamos por alto los muchos mortales que toda su vida debían caminar de la misma manera.

Una joroba se eleva á veces en el continente humano de una manera regular y armónica á lo largo del espinazo, tiene suaves pendientes, puntos de vista agradables y grutas pintorescas; es la imágen fiel de una cordillera de montañas, con valles sombríos, deliciosas mesetas y cavernas con estalactitas. Si fuera posible, no faltarían ingleses que hicieran atrevidas ascensiones á sus alturas y, alguno mas positivo, mandaría construir de buena gana una linda casita en la mas oculta quebrada para pasar allí los calurosos meses del estío.

En otros casos la joroba es mas desenfadada y muestra solo una prominencia brusca, como la órden de un noble de nuevo cuño é irregular, y anómala, como todo lo que sucede en España. Esta joroba es la cresta ó el pico de una montaña invisible oculta dentro del cuerpo del jorobado.

Hay jorobas de ancha base que gradualmente van disminuyendo hasta terminar en punta, formando un cono perfecto. Son antiguos volcanes de apagado cráter, que cualquier dia volverán á entrar en actividad. Aplicad el oído á su superficie y oireis sordos rumores subterráneos, examinad la cúspide con detencion y encontrareis terrenos basálticos, vestigios de remotas erupciones.

Cuando la joroba se adelanta estrecha y prolongada, con suave y gentil desembarazo, es la lengua de tierra que entra en el mar, el cabo que avanza, ó el promontorio que se levanta erguido, segun sus diversas configuraciones: y hay casos en que la joroba toma proporciones tales que pasa á ser península perfecta.

Esto en cuanto á la joroba espinal, porque la pectoral ya es otra cosa. Aquí no se observan las diferencias esenciales de que hemos hecho mencion y suele presentar un aspecto tumultuoso, como el de un monton de patatas.

Hasta ahora hemos hablado de la joroba simple, pero no podemos pasar por alto la doble. El ciudadano que presenta á la vez elevaciones por la proa y por la popa, saca la cabeza por entre dos almohadas de carne, y bien puede asegurar que él solo tiene mas eminencias que el sacro colegio de cardenales. Una joroba doble es la mejor chichonera que han visto los nacidos; ya puede un jorobado de esta especie caer rodando por la escalera de un cuarto piso, porque es seguro que llegará á la calle con la cabeza sana, aunque tenga rotas las piernas; las avanzadas del pecho y de la espalda le habrán servido de resguardo y podrá hacer testamento con toda tranquilidad y completo juicio, si es que el caso lo requiere, lo cual no deja de ser un consuelo. En este concepto la doble joroba es una verdadera muralla de la China, si aceptamos para la cabeza la calificacion de celeste imperio.

Cuéntanse varias anécdotas originales en que juegan los jorobados el primer papel; pero me limitaré á referir una que no deja de ser curiosa. Erase un hombre, bajito, y flaco, de cara triangular y puntiaguda como la de un mono, murmurador y maldiciente; y érase tambien un coronel de caballería de génio arisco y arrebatado, muy aficionado al bello sexo y mas aficionado aun al buen rom de Jamaica. Hacia tiempo que el primero, que se llamaba D. Bruno, hostigaba con sus burlas al coronel, y éste habia jurado que le daría una leccion que se le quedaria muy impresa en la memoria, y sobre todo en las costillas, el dia en que llegara á sus oídos el rumor de una chanza algo ofensiva á su persona. El citado coronel andaba enamorado como un loco de una modista despejada como un dia de primavera, y traviesa como una ardilla, que era además requerida por un barbero alegre, y retozon, que así empuñaba la navaja para descañonar la barba del prógimo, como punteaba la guitarra para descañonarle los oídos.

La modista, vanidosa y coqueta como casi todas las mugeres, si bien allá en el fondo de su corazon sentia un secreto impulso por el simpático barbero, se veia no obstante arrastrada hácia el coronel por el atractivo de los galones, y habia soñado mas de una vez que era ya su esposa y que le veia pasar por delante de sus balcones, gallardo y gentil sobre fogoso corcel, al frente de su regimiento, con la sonrisa en los lábios y el amor mas profundo en el corazon.

Un dia, la modista intentó conocer á fondo las secretas intenciones del enamorado

coronel y le escribió una carta citándole para una alameda solitaria que se hallaba próxima á la población y hora de las cinco de la tarde. La modista esperaba que de aquella entrevista brotaria un matrimonio, como brota la luz del choque del acero y el pedernal, y desde por la mañana se preparó para el caso peinándose de la manera mas coquetona posible y eligiendo el traje de mejor gusto que contaba en su modesta coleccion.

Por rara coincidencia aquel día era 5 de Marzo, y el coronel, que habia sido uno de los valientes que batieron en las calles de Zaragoza la facción de Cabañero, no dejaba ningún año de celebrar tan señalada fecha, reuniéndose en el café con varios amigos para desocupar un par de botellas. Así es que cuando recibió la carta de la modista, calculó que tenia tiempo sobrado para brindar desde las dos hasta las cinco y que á esta hora acudiría á la cita, tanto mas decidor y parlanchin cuanto mas animado estuviese por el espíritu de vino.

A las dos, en efecto, comenzó á brindar el coronel, pero á las tres ya no tenia seguridad de que habia recibido una carta, á las cuatro habia olvidado por completo la cita, y cuando dieron las cinco no se acordaba de que existiera modista alguna en el mundo. Así es que cuando la ilusionada joven llegó á la alameda, en vez de encontrar allí, como esperaba, ansioso y enamorado al alumno de Marte, solo divisó tres ó cuatro viejos que tomaban el sol embozados en sus capas y una solterona acompañada de media docena de perritos americanos. En vano esperó hasta las seis, hasta el anochecer; el coronel no parecia y la muchacha tomó por fin la prudente resolución de volver á su casa.

Pero una muger despechada no se detiene á la mitad de su camino, así es que la modista no se contentó con lamentar la falta del coronel, sino que averiguó el motivo y enfurecida mas y mas al conocerlo, se decidió á arrancar de su corazón aquel orgullo que tan dulces sueños le habia proporcionado. Aceptó el cariño del barbero, y á las pocas semanas le entregó su mano al pie de los altares.

El barbero era, por desgracia, el que afeitaba á D. Bruno, y como no hay rapa-barbas que no sea largo de lengua, hubo de referirle el caso con las variantes introducidas por la modista, para ocultar su debilidad, y á D. Bruno le faltó el tiempo para comunicárselo á los amigos.

Cuando supo el coronel que D. Bruno se burlaba de su desgracia, creyó llegada la ocasión oportuna de cumplir su palabra, y como le encontrara una mañana al volver de una esquina, levantó maquinalmente el pie derecho y le colocó la punta de la bota debajo del esternon, con tan negra suerte que el pobre Don Bruno se quedó como arco turquesco sin poder recobrar la línea recta, y con una giba en la espalda tamaño como una sandía.

Pasaron dos ó tres años y D. Bruno andaba con su joroba acuestas que daba gozo verlo y con la lengua mas suelta que nunca, porque el castigo en vez de corregirle le habia exasperado. Durante este tiempo el coronel habia hecho las paces con la modista, el barbero habia aceptado la amistad del coronel y gracias á estas alianzas, segun decian malas lenguas, se habia transformado la tienda en peluquería y el rapa-barbas en artista.

D. Bruno soltó la sin hueso y puso de oro y azul al coronel y á la modista y al peluquero, y dijo de éste cosas tales que no son para referidas, cuando menos para estampadas en el papel. Y al diantre del ex-barbero le dió por acordarse de que tenia honra en aquellas circunstancias y juró, á imitación del coronel, hacer una que fuera sonada. Y una tarde al caer el sol tropezó con D. Bruno, pero no sintiéndose con valor suficiente para sostener un combate en lucha leal, se le acercó

bonitamente por la espalda y le aplicó un puntapié por debajo de la joroba, con toda la energía de que es capaz un barbero que cree ultrajada su dignidad.

Dió un grito D. Bruno, huyó el barbero muerto de miedo, acercáronse las gentes, pero ¿cuál no seria la admiración de los curiosos al contemplar al jorobado tieso como una espátula, sin vestigios de que hubiera gozado nunca del singular favor de llevar siempre guardadas las espaldas? En efecto, un puntapié habia destruido la obra de otro puntapié.

Este cuento no tiene gracia, ni viene al caso, pero lo he contado para prolongar mas este artículo, que de otro modo no tendria las proporciones necesarias. Ustedes dispensen la franqueza y sigamos adelante.

No son las jorobas de carne y hueso las únicas que existen en el mundo, las hay de monstruoso tamaño que pasan muchas veces desapercibidas ante nuestros ojos. ¿Qué son los vicios sino las jorobas de la humanidad? ¿No tienen jorobas todas las ciencias, todas las artes, todos los hombres?

La homeopatía es la joroba de la medicina, los medicamentos secretos la joroba de la farmacia, la pena de muerte la joroba de la jurisprudencia. A la pintura le ha salido una joroba con la escuela prosáicamente realista; Churriguera levantó una joroba á la arquitectura, los imitadores de Verdi se la están levantando á la música.

Esa muger enredadora y entremetida, que habla mal de todo el mundo y levanta falsos testimonios sin otro objeto que hacer daño, es una joroba incómoda que ha salido á las familias que la conocen; aquel diputado que no habla jamás en el Congreso, pero que charla por los codos en los ministerios, haciendo su negocio, por mas que jure y perjure que solo desea el bien del país, es una joroba de la política; el hipócrita que no se atreve por fingida humildad á levantar del suelo los ojos para mirar á un hombre cara á cara y despues le ataca villanamente por la espalda, una joroba de la honradéz; la muger que vende su honor, una joroba de la virtud; el jugador que dilapida la fortuna heredada de sus padres, una joroba de la moralidad; por todas partes hay jorobas, jorobas del alma cuya deformidad es horrible.

No sigamos adelante; sin saber cómo me he puesto sério y no era esa mi intención. Estas cosas me enternecen y no tengo ganas de llorar, por cuya razon creo que lo mejor será dar por terminado el asunto.

Una consideración para concluir. Me parece que este artículo es una joroba de la literatura.

RAFAEL BLASCO.

EL BOMBIX CYNTHIA Y EL AILANTO.

De algun tiempo á esta parte está llamando vivamente la atención de los ilustrados agricultores y de muchos industriales la cria del gusano Bombix Cynthia, alimentado con las hojas del Ailanto. En Francia, en Italia, en Alemania y hasta en nuestra España, se han hecho varios ensayos de su cria y aclimatación con prósperos y felices resultados.

El gusano de seda Bombix Cynthia y el árbol Ailanto, son dos ideas conjuntas en términos de no poderse hablar de la una sin tratarse de la otra. Para proceder, pues, ordenadamente, trataremos del árbol Ailanto, cuyas hojas alimentan al insecto, siendo dos las razones de este método; primera, el que careciendo de árboles no puede el insecto alimentarse; segunda, el que en Europa fue introducido y conocido antes el Ailanto que el Bombix Cynthia.

Un siglo hacia que el Ailanto vivia prósperamente en varias regiones de Europa,

cuando llegó á ésta el gusano de seda de que hablamos. La introducción de dicho árbol fue debida á los cuidados del jesuita padre Incarville, misionero en China, que en el año 1751 espidió simiente del árbol á la Sociedad real de Lóndres.

El botánico Miller sostuvo que se debe reconocer en este árbol el *Fasi-no-ki*, del Japon, esto es, el árbol del Barniz, y este error se acreditó tan rápidamente, que el Ailanto no fue reconocido en horticultura mas que por el impropio nombre de Barniz del Japon. Despues de mucho tiempo, Desfontaines, profesor en el museo de París, reconoció que no solamente este árbol no es el Zumaque barniz, sino que tampoco es Zumaque. Dicho botánico formó, pues, de este árbol un género nuevo bajo el nombre de Ailanto.

Es conocido este árbol en el país originario bajo el mismo nombre Ailantus, por el cual le distinguimos nosotros, nombre que significa árbol del cielo, y por ello Rumblo le ha titulado *arbor cæli*. Su tronco es derecho, ramoso y dilatado en su copa, y llega á cincuenta ó sesenta piés de altura. Las ramas jóvenes derechas están guarnecidas de hojas á manera de alas impares, de dos piés de largo, con hojuelas en número de once ó trece, opuestas, lanceoladas, oblicuas y dentadas en su base, con una glándula con la cual termina el primer diente de cada lado, y que ha dado á este árbol el nombre específico de *glandulosa*. Sus flores, que aparecen en Julio, son de un color verde en ramos terminales, herbáceas, pequeñas y de ninguna apariencia.

Abandonado este árbol á sí mismo, toma la forma del nogal, pero si se le cortan anualmente todas las ramas laterales y se le deja la derecha, se eleva recto y forma á la estremidad de un tronco largo y elegante una sombrilla de agradable aspecto.

Su madera es blanca amarillenta, lisa, semejante por su belleza al mejor nogal, de un tejido compacto, fino, elástico y de una solidez igual á la del nogal, teniendo una dureza muy á propósito para recibir el pulimento en los trabajos de ebanistería.

El crecimiento de este árbol es tan rápido, que en treinta años puede criarse un bosque y cortarse, sacando de él toda la utilidad, pues su vegetación mínima es de tres ó cuatro piés por año.

Se propaga prodigiosamente por simiente, por raíz, por estaca, y mas fácil y seguramente, por rebrotes, de los cuales dá muchísimos, pues basta herir una de sus raíces para determinar por la herida la salida de una porción de ellos: así es que cuando se cae ó rompe uno de estos árboles dá por muchos años seguidos muchos de esos rebrotes, en términos de parecer que cuantos mas se sacan mas se reproducen.

Las hojas de este árbol sirven de alimento al gusano de seda llamado Bombix Cynthia, introducido en Europa en el año 1857 por los cuidados del P. Fantoni, misionero piamontés en China, y aclimatado desde 1858 en el bosque de Boulogne (París) por los desvelos del profesor de Zoología, Sr. F. E. Guerin Meneville. Verdad es que este gusano ha sido alimentado con las hojas del Ricino, de la Escorzonera, del Barniz del Japon y de otros como el árbol de la pimienta (*Schinus molle* L.), pero ningún alimento le ha sido mas grato y homogéneo que el del Ailanto, mas fácil tambien de criar que las otras plantas, en términos de haberse observado las consecuencias de una futura degeneración del insecto si se continuaba con aquellas hojas su alimentación.

El Bombix Cynthia se cria al aire libre, así es que requiere poquísimo cuidado fuera del necesario para proveer á su nacimiento y al emparejamiento de las mariposas á fin de que no huyan. Recogidos que sean los gusanillos que nacen espontáneamente, y habiéndolos



LA PRIMAVERA.

dado algunas comidas, se colocan sobre la planta al aire libre, donde afrontando la intemperie, duermen imperturbables sus cuatro sueños y se cierran en sus capullos, afianzán-

dolos con la primera baba á los pecíolos de las hojas del árbol en cuyo seno continúan su trabajo. Tampoco es el gasto tan grande como en la cria toda artificial del gusano de la

morera, pues sin el capital que se necesita para andanas, cañizos y otros, y sin los jornales que se ocupan en el corte de la hoja, en su transporte, en la mudanza de lechos, en la

EL GUSANO DE SEDA BOMBIX CYNTHIA Y EL AILANTO.



colocacion de las ramas, el cultivador ve pender los capullos del gusano del Ailanto á los veinte ó treinta dias despues de nacidos los gusanillos con solo haberlos preservado de los pájaros, que apetecen con avidéz el comerlos y de las hormigas que los molestan.

Dos son las cosechas que naturalmente

producen estos gusanos en cada año, aunque algunos forzándolos, les han obligado á producir tres; pero como la naturaleza forzada se venga bien presto de los esfuerzos supremos á que se la obliga, no es conveniente la tercera avivacion sino en casos muy especiales.

Hasta el presente el uso que se ha hecho

de esta produccion ha sido, despues de cardar los capullos á la manera que se hace con el algodón y torcer el pelo que resulta, reducirla á tejidos que son mas ordinarios, pero mas fuertes que los de la seda del gusano de la morera, y por ello la llama con mucha propiedad Meneville la seda del pobre. Tales tejidos

serven desde muchos siglos para el vestido y otros usos de algunos pueblos de la China, declarando el P. Incarville, que la seda del Ailanto dura por lo menos doble que la otra, que no ensucia tan fácilmente y que las telas de ella se lavan como la lencería.

La nueva industria, de que nos hemos ocupado y que se despliega á nuestra vista, es digna de figurar entre las empresas propias de este siglo, al que tanta actividad han impreso las máquinas de vapor y los hilos conductores de la electricidad, de este siglo que con sus descubrimientos en varios ramos del saber humano ha vuelto tan inquieto el ánimo del hombre, que al comenzar una cosa quiere verla concluida y tocar sus resultados sin aguardar otro día. Providencial parece, pues, la aparición en Europa en esta época, que tanto se le adapta, de un insecto útil, que nace, vive y forma rápidamente su capullo, y de allí á pocos días se reproduce y sufre las mismas metamorfosis, y el conocimiento de un árbol que á mas de dar á ese insecto un alimento homogéneo, puede con su tronco sostener el techo que cobija al hombre, cuya mano le plantó, recogiendo por sí mismo todas las utilidades de su cultivo.

En Valencia la celosa Sociedad de Agricultura ha ensayado la cria del *Bombix Cynthia*, habiéndose hecho el año último un experimento, que tropezó con un imprevisto obstáculo. Las hormigas, que tanto abundan en los terrenos cálidos y secos, devoraron á todos los gusanitos recién nacidos, y solo pudo preservar algunos, á costa de inmensos cuidados, el inteligente agricultor D. Felicísimo Llorente y Olivares. El gusano del Ailanto se desarrolló perfectamente y formó su capullo con toda regularidad, de modo que la cuestión de aclimatación en nuestro país está vencida, y solo falta que se encuentre el medio de preservar en sus primeros días á este delicado insecto de sus terribles enemigos las hormigas.

LAS ÓRDENES RELIGIOSAS.

I.

El deseo de unir á la observación de los preceptos la práctica de los consejos evangélicos, fue causa del nacimiento de la profesión monástica y de que se poblaran los claustros. No es, por consiguiente, necesario ir á buscar en el Ganges, la China, el Thibet ó las Gaulas el origen de las órdenes monacales ni suponer con escritores distinguidos, que los nazarenos, los recabitas, los esenios y los terapeutas de los judíos, sirvieron de modelo á las comunidades religiosas, que en el seno de la Iglesia se formaron, y cuyos restos subsisten todavía entre nosotros. El año 250 de la era cristiana, cuando empezó la cruel persecución del emperador Decio contra los cristianos, un joven, virtuoso, de edad de 22 años, muy versado en las letras griegas y egipcias, natural de la Baja Tebaida, llamado Pablo, huérfano desde los 15 años, temiendo sucumbir á los halagos de la seducción, aun mas que al rigor de los tormentos, huyó al desierto abandonando sus bienes, y se refugió en una caverna, junto á la cual corría una cristalina fuente que le servía para apagar la sed, y crecía una palmera, cuyas hojas le daban vestidos y sus frutos alimento. Solo pensaba permanecer en aquel sitio el tiempo que durara la persecución; pero los encantos que allí encontró le retuvieron en él para siempre, y fue el patriarca de los *ermitaños*, esto es, de los monges que viven en la soledad, sin obedecer á nadie.

El de 271, Antonio, natural de Coma, en el Alto Egipto, conmovido al oír predicar aquellas palabras del Evangelio de San Mateo:

Si vis perfectus esse vende quæ habes, et da pauperibus, et habebis thesaurum in celo, vende los cuantiosos bienes que habia heredado de sus padres, distribuye á los pobres su importe, sin pensar en el día de mañana; retírase al desierto, donde descubre un anciano, tal vez discípulo de Pablo, y tomándole por guía y maestro, consigue la perfección. Seguido él mas adelante por numerosos discípulos, les dá su *regla*, y es nombrado abad ó padre de los monges *cenobitas*, llamados así por habitar bajo el mismo techo, ó bajo la obediencia de un superior.

Echados así los cimientos del estado monástico, poco tardó en ser abrazado con entusiasmo. Los desiertos del Alto y del Bajo Egipto, viéronse pronto tan poblados como las ciudades, las cuales, por el contrario, iban presentando la imagen de la soledad, á causa de la continua emigración de sus habitantes. Llegáronse á contar allí mas de 76,000 monges á fines del siglo IV, sin enumerar los que San Pacomio y otros cenobiarcas regían en diferentes puntos de la Thebaida, Nitria y otros cuyas reglas han sido recogidas por Holstenius. En 306 trasplantó San Hilarion los monges á la Palestina; estendiéronse despues por la Armenia, la Siria, el Ponto, la Capadocia y demás regiones de Oriente, y San Basilio, obispo de Cesárea, que habia abrazado la vida monástica, la dió su postrera forma con la publicación de la *regla*, que fue generalmente admitida, y aun se observa sin alteración, lo que prueba tanto su perfección, como la estabilidad de los Orientales en sus hábitos y costumbres.

En 340, San Atanasio, patriarca de Alejandria, en su viaje que hizo á Roma, llevó las constituciones monásticas de su país, que habiendo agradado, dieron motivo á que se fundaran monasterios en Italia. Estableciéronse tambien dos en las Gaulas, uno en Lemis, y otro en las inmediaciones de Orleans: San Martin fundó otro tercero, y á poco el fervor de los occidentales casi se hizo superior al de los egipcios. Construíanse por todas partes casas religiosas, pero sin tener un lazo comun, hasta que á principios del siglo VI apareció San Benito, fundador del célebre monasterio de Monte Casino, al cual dió su *regla*, que, adoptada por todos, llegó á ser la *constitución* magna de los monges de Occidente, puesto que cuantas se han publicado con posterioridad, solo han sido aplicaciones ó modificaciones de aquella obra maestra del génio monástico. Pero como todo cede á la influencia del siglo, aun aquellos que mas procuran evitarla separándose de él, no pudieron los monges escapar de su inevitable poder, y despues de la muerte de San Benito dieron cabida á la relajación. La piadosa credulidad de los pueblos enriqueció los monasterios, y con la riqueza entró en ellos la comitiva de vicios y desórdenes que la acompañan. Los constantes esfuerzos de muchos ilustres personajes, y señaladamente los de San Benito de Arciano, para hacer que se observaran los estatutos, prueban cuán abandonados estaban, y la violencia de los remedios que exigen, demuestran la profundidad de la llaga. La corrupción del mundo habia penetrado en los claustros, depositando en ellos su corrompido lodo.

Cuando las cruzadas vinieron á cambiar la faz de Europa, nacieron las órdenes religiosas militares, las de los redentores de cautivos, las de hospitalarios para curar las enfermedades que se adquirían en Oriente; los religiosos inquisidores destinados á quemar los herejes en medio de los países cristianos, mientras que ejércitos formidables iban á lejanas tierras buscando, para exterminarlos, los pueblos que no participaban de sus creencias. Sacóse por entonces del olvido una carta de San Agustín, en la que dá sábios consejos y advertencias para una vida orde-

nada, y dióseles por regla á todas aquellas comunidades ú órdenes religiosas que acababan de fundarse y que se llamaron de frailes, por diferenciarse de las antiguas de monges.

(Se continuará.)

CARLOS R. DE ARELLANO.

DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(Historia de un napoleón.)

(Continuación.)

III.

—Usía dispense, caballero; pero me pagaron las señoras al tomarme hace mas de dos horas, y me dieron tambien una buena propina. Además, tengo que esperar aquí sus órdenes, y nada puedo recibir.

—¿Luego tú estabas en la iglesia?...

—Alquilado, caballero, alquilado por la señora de Sandoval, mi antigua ama.

—Siendo así, no insisto.

Estas fueron las contestaciones que mediaron entre el cochero y yo, mientras Camila penetraba en el ancho portal de su morada, frotando sus oscuras botitas de raso en la fina estera que lo cubria. Mi sorpresa habia sido tan profunda, que no acertaba á salir de ella, y tal vez hubiera desaparecido sin despedirme á no oír la dulce voz de mi amable protectora que me decia:

—Espero me hará usted el favor de subir, caballero; lo contrario seria una falta de confianza que no le perdonaria nunca.

—No sé si debo... mis ocupaciones...

—Pueden olvidarse esta mañana.—Andrés, añadió dirigiéndose al cochero; si llueve, vuelva usted á las seis.

—Bien, señora.

No tuve otro remedio que dar el brazo á mi Ariadna, y así, despues de haber subido algunos escalones, penetramos en un elegante salon.

Una vieja, blanca y aseada, como las que se ven en los cuadros de Rubens, salió á recibirla, y los frescos lábios de Camila, humedecieron la seca frente de su anciana parienta. Yo me incliné tambien delante de ella, y pocas presentaciones habrán sido tan sencillas, y al mismo tiempo tan afectuosas como lo fue la nuestra.

Apenas nos habíamos sentado, cuando Camila me dijo sonriendo.

—Dispénsame usted si le abandono por unos instantes, pero tengo que dar algunas disposiciones.

—Cuando usted guste, le contesté; y se perdió en un gabinete próximo. Hasta entonces no conocí lo raro de mi posición.

¿Qué debería yo pensar de aquella muger? y por otra parte ¿qué pensaria ella de mí? Sin saber por qué mi corazón se inclinaba hácia el suyo. ¿Lo habia comprendido, y trataba de entreteverse jugando con mi corazón? Esta idea ha turbado durante mucho tiempo la tranquilidad de mis sueños.

Apenas transcurriría un cuarto de hora, que me bastó para apreciar la discreción y amabilidad de la anciana tia de Camila, cuando ésta volvió á presentarse en el salon. Me pareció mas hermosa que antes: habia dejado el traje sério, y vestia una bata de gro listada, sujeta á la cintura con un cordón azul, del que pendían unas borlitas de seda y plata. Sobre su cabello, negro como sus ojos, ceñía un elegante prendido, y su breve pié despojado de la estrecha bota, se escondía en unas zapatillas de raso bordadas de flores, que pudieran, por lo bellas, engañar á mas de una mariposa.

Sentóse en una butaca, no lejos de la mia, y yo dí principio á la conversacion.

—Señora, exclamé, ignoro cómo explicar á usted mi sentimiento, y cómo alcanzar mi disculpa; lo que he hecho ha sido seguramente muy poco meditado, pero no dudo que hará usted justicia á mis intenciones, templando así el pesar que me causa el que nos hayamos conocido por tan breves momentos, y el mayor aun de que tal vez no volvamos á vernos.

—Amigo mio, si alguno de los dos debe disculparse, no es usted seguramente; un acto de galantería y de consideración, no necesita disculpa; lo que podría necesitarla es el haber abusado de usted hasta el extremo de aceptar una oferta que usted hacia de buena fe, y que yo no podía admitir sino con segunda intención.

—De cualquier modo, la casualidad que nos ha reunido, ha sido una casualidad funesta para mí, pues no olvidaré en adelante un nombre que ha dejado un eco en mi alma.

—Yo no pido á usted que lo olvide; consérvelo si le place como prenda de mi amistad, con la que puede usted contar desde ahora.

—Gracias, señora, gracias; yo procuraré á mi vez hacerme digno de merecerla.

—Al llegar á este punto, una de las puertas del salón se abrió, y dió paso á un criado de librea, que dijo con voz respetuosa.

—Señora, cuando V. S. guste.

—El almuerzo nos espera, vamos.

Tal ordenó Camila, y me llevó con irresistible atracción al comedor.

El reloj que había sobre la chimenea señalaba la una. ¡Cuántos sucesos en dos horas!

Mi cabeza era un volcán; creía amar á aquella muger con delirio, y aquella muger me parecía un misterio, cuando no un imposible. Hasta hubo momentos en que recordando la causa de mi aventura, exclamé casi poseído de la rabia: ¡maldito napoleón!

(Se continuará.)

MANUEL DEL PALACIO.

LA PRIMAVERA.

Ya se escucha el sonoro
Himno que entona la creación entera,
Que pródiga esparciendo su tesoro,
Ya sus alas de oro
Apacible tendió la primavera.

La lóbrega techumbre
De nubes que el espacio oscurecía
Fugaz huyó, y en la celeste cumbre
Vierte su clara lumbre
Con mas grandeza el luminar del día.

Del céfiro al arrullo
Despiértanse las selvas adormidas,
Deja la mariposa su capullo
Y vuela con orgullo
Por las anchas praderas estendidas.

Puéblase el bosque umbrío
De alondras y canoros ruiseñores,
Sigue su curso sosegado el río,
Sin que el encono impío
Le enturbie de los vientos bramadores.

¡Oh mágica belleza!
¡Oh encantada estación! ¡oh sol fulgente!
Mostrad, campos, mostrad vuestra grandeza,
Y ostentareis la alteza
Del soberano Autor omnipotente.

Parad, aves, el vuelo
Y el canto levantad *nunca aprendido*,
Estiende, aurora, por el claro cielo
Tu purpurino velo
De perlas y topacios guarnecido.

Prados encantadores,
Ostentad vuestras plácidas guirnaldas,
Y ricas de perfumes y colores,
Embalsamadas flores,
Lucid entre las hojas de esmeraldas.

Valles, selvas, collados,
Pomposas arboledas, bosque umbrío,
Anchas vegas, vergeles dilatados,
Brillad engalanados
Publicando de Dios el poderío.

Palomas inocentes,
Alzad vuestros arrullos lisonjeros;
Risueñas murmurad, sonoras fuentes,
Mugid, toros ardientes,
Apacibles balad, mansos corderos.

Al Grande, al Increado
Unidos ensalzad en dulce coro,
Y á su pesar exclamará humillado
El incrédulo osado:
«¡Autor del universo, yo te adoro!»

Sevilla.

ANTONIA DIAZ DE LAMARQUE.

Á LA FESTA

DE

EL CRISTO DEL GRAU.

LETRILLA.

¿Per qué la alegría
Huí en tots se retrata?
¿Per qué huí s'alegra
Lo poble del Grau?
Perque huí es dels dies
La flòr y la nata,
Que huí ens vingué el Cristo
En forma de nau.

Voltecheu campanes
Y el vostre roido
Disperte á l'aurora
Que tarda en eixir.
De masclets y músiques
El distint sonido,
Convide á la festa,
Convide á joir.

Canteu alegría,
Venetes de plata,
Y á tots nos unixquen
Sants llasos de pau.
Perque huí es dels dies
La flòr y la nata,
Que huí ens vingué el Cristo
En forma de nau.

La gent d'este poble
Huí tota s'anima
A sò de donsanya
Y á sò de tabal;
Que fora injustisia
En cara de llima
Pasar este dia
De gòig general.

Rigam pues de joya;
La tristeza mata,
Y fòra lleigea
Baix un sèl tan blau;
Perque huí es dels dies
La flòr y la nata,
Que huí ens vingué el Cristo
En forma de nau.

Les giques boniques
Y també les lleiges,
Que totes se tornen
Si es posen al cap
Eixes dos cortines
Y el rollo de meches
Que diuen les... cuques
De tòros y pà;

Corren á la iglesia,
Fe les arrebatá
Per la Creu y Escala
Del Cristo del Grau,
Perque huí es dels dies
La flòr y la nata
Que vingué l'imatge
En forma de nau.

Y pues se celebra
La teua venguda
Santísima imatge,
Tesor sense prèu;
Prodigans ta grasia
Qu'es dolsa veguda,
Y ella nos mantinga
De la Creu al pèu.

Y els hòmens y dònens
Y tota gent nata:
¡Viva el Santo Cristo!!!
¡Viva!... respongau;
Perque huí es dels dies
La flòr y la nata,
Que huí ens vingué el Cristo
En forma de nau.

J. AGUIRRE.

EL SILENCIO (1).

(Armonía nocturna.)

El Llobregat corria
Con movimiento blando,
A mis piés murmurando;
Yo no sé qué decía
Desde su oscuro lecho,
Solo sé que su voz sonó en mi pecho
Con vaga y melancólica armonía.
Aun el beso fugaz sientó del aura
Que el ánimo restaura,
Y el olor de los pinos solitarios
Que coronan los montes,
Límite de serenos horizontes;
Oigo el débil quejido
Del pájaro nocturno
En las breñas perdido,
Y su sordo aleteo;
Y el insecto que zumba;
Y aun hoy la luna veo,
Cual lámpara colgada ante la tumba
Que un ser amado encierra,
Bañando las profundas soledades
Del cielo y de la tierra.
Pero no, este silencio no es la muerte.
Helada, inmóvil, muda;
La que el alma sin fe sueña y advierte:
Desde la dura piedra
Que el musgo cubre y la amorosa yedra,
Hasta la peña colosal desnuda;
La quietud de los campos, y la sombra;
El lucero, la nube
(Gracioso y casto velo
Tras el cual centellea);
El Monserrat, que sube
Soberbio escalonándose hasta el cielo,
Pilar robusto aquel, y éste corona
De la santa patrona
Que al pueblo catalán tiende su manto,
Forman todos el canto
Sublime del silencio,
Con palabras sin voz, de poder tanto
Que el alma las entiende,
Y, embriagado por ellas,
Su movimiento el corazón suspende.
¡Oh noche! ¡Oh soledad! ¡Oh gran concierto
Que oye solo el espíritu despierto,
Y no el torpe sentido!
A tu conjuro misterioso, vuelve
A ser, y se levanta, lo que ha sido;
Las dormidas memorias,
Los días y los años,
Fantasmas de dolores y de glorias,
De placer, de esperanza y de engaños.
Aquí el hogar paterno,
Templo de la alegría
Que iluminaba el sol de medio día,
O el rayo de la luna;
Y en un rincón la cuna,
Ayer tranquila nave
Que arrulló la niñez de un inocente,
A quien hoy arrebató la corriente
En los revueltos mares de la vida,
Por furiosas tormentas combatida.

(1) Esta bellísima poesía forma parte del precioso libro que, bajo el título de *Armonías y cantares*, acaba de publicar el inspirado poeta D. Ventura Ruiz Aguilera. En otro número insertaremos un juicio crítico de esta obra.

Allá la verde alfombra
Del valle solitario;
El árbol, fiel amigo
Que fruta daba y sombra;
El viejo campanario,
Que la oración cantaba
Con acento monótono y profundo,
Y el tránsito de un alma á mejor mundo;
O bien desde la aurora,
Las fiestas celebraba
Del pueblo, y de la Patria vencedora.
Por aquí bulle inquieta
La alegre romería; y en los huecos
De la colina escueta
Y el espacioso llano,
Repiten, alejándose, cien ecos
Del tamboril los rústicos sonidos
Con cantares y danzas confundidos.
Y en faz dulce, halagüeña,
Como niño que sueña con las hadas.
O con su madre y con el cielo sueña,
Van pasando, en su féretro acostadas,
Reinas de otros festines ¡ay! hermosas,
Que vivieron la vida de las rosas;
Y pasan allá lejos... allá lejos....
Donde la luna apenas dá reflejos,
Al triste suspirar del bosque umbrío
Y el sollozo del río.
En el aire y el cielo
Hay ojos que nos miran,
Y bocas que suspiran,
Y manos que nos llaman,
Y genios invisibles que nos aman;
Y de la selva oscura
Por la intrincada y lóbrega espesura,
De su paso veloz sin dejar huellas,
Fantásticas visiones cruzan bellas,
Quizá recuerdos pálidos de amores,
Formas, tal vez, de sueños seductores,
De nuestro corazón, tal vez, pedazos,
Tendiéndonos los brazos,
Y virginal sonrisa
Mandándonos en alas de la brisa.
En tanto, por el piélago infinito
De esos mundos que en letras de luz tienen
De Dios el nombre escrito,
Su alto vuelo el espíritu desplega;
Ansioso de luz llega,
Y, abismándose en él, ve mas cercana
La magestad de Dios, y compadece
La pequeñez de la grandeza humana.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Continuacion.)

—Pues os le voy á contar. Viendo el diablo que Adan y Eva no tenían un quitame allá esas pajas, porque como no había taberna, Adan no se gastaba los cuartos emborrachándose, y como la moda era andar en cueros, Eva no se gastaba el jornal de su marido en vestidos y perifollos, dijo para sí: «Las tabernas y las modas sabe Dios cuándo se inventarán. Estos tendrán hijos, y si sus hijos y sus nietos y sus tataranietos salen tan avenidos como ellos, ¡estoy aviado como hay Dios!» El diablo se pasó aquella noche cavila que te cavila, y á la mañana siguiente, apenas Dios amaneció, trás, trás á la puerta de Adan y Eva que estaban aun en la cama. «¿Qué se le ofrece á V. tan temprano? le preguntó Adan.

—Hombre, contestó el diablo, he encontrado en dos naranjos dos naranjas hermosísimas, y como yo siempre me acuerdo de Vds., traigo para Vd. la mitad de una que era de las del Moro, y para su parienta de Vd. la mitad de la otra que era de las de la China. Con que ahí tienen Vds. para postre cuando almuercen. Verán Vds. qué ricas están con un polvito de azúcar.—Muchas gracias.—No hay de que darlas.—Adan se volvió á la cama con su muger, dejando en el comedor las medias naranjas, y el diablo se fue á trabajar en la invención de la baraja, que era el gran proyecto que entonces traía entre manos. Poco despues se levantaron Adan y Eva y se pusieron á almorzar. Cuando ya se iban á levantar de la mesa,—caramba, dice Adan, que tenemos aquí postre y no me acordaba.—y coloca sobre la mesa las dos medias naranjas; pero las dos medias naranjas eran tan parecidas, que Adan por cojer la del Moro, que era la suya, cojió y se zampó la de la China que era la de su muger, y desde entonces él y su muger armaron cada día una pelotera, y sus hijos salieron tan propensos á equivocarse su media naranja, que de cada cien no hay diez que no la equivoquen.

—Pues por lo visto tambien la equivocó Pepe Berrinche, dice Santiago.

—Y yo no acerté con ella, añade Juan mirando amorosamente á su muger.

—Canario, ¿si querrá Dios que yo haya acertado con la mia? Eso que la tia Gaceta ha dicho de la fantasma me ha dado un poquillo en que cavilar.

—No hagas caso de las habladerías de la tia Gaceta y cuenta lo que pasó en casa de Pepe Berrinche.

—Pues lo que pasó, fue lo que Vds. van á oír. Debajo de la escalera de la huerta está colgado un cesto para ponedero de las gallinas. Cuando íbamos á comer, oímos á una gallina cantar el «ahí queda eso,» que segun dice el tio Geromo, eso significa lo que cantan las gallinas cuando sueltan el huevo. Pues señor, baja Pepe al ponedero, y sube con un huevo de dos yemas, que salva la parte, era como mi puño. «Vean Vds., dice, qué huevo ha puesto la gallina blanca.—No, que le ha puesto la negra, dice la señora Isabel.—Si he visto yo saltar del ponedero á la blanca, replica Pepe.—Si he visto yo saltar á la negra.—Pues te has equivocado.—Pues el que se ha equivocado eres tú.» Que si era la negra, que si era la blanca, van enzarzándose, enzarzándose de palabras el señor Pepe y la señora Isabel; el tio Geromo queriendo meter paz coje al señor Pepe del brazo para obligarle á sentarse á la mesa, al señor Pepe se le atufan las narices y pegando un puntapié á la mesa lo hace todo pedazos; á la señora Isabel le dá un patatús; la Rosa y el tio Geromo lloran; hay que llamar al cirujano, y en estas y las otras, nadie comió aquel día en la casa!...

—¡Válgame Dios, qué vida!

—Pues aguarde Vd., tia Mariquita, que en tuavía falta lo mejor del cuento. Así que la señora Isabel se sosegó un poco, la Rosa que habia visto como su ama salir del ponedero á la gallina negra, bajó al ponedero y se encon-

tró entre la paja otro huevo casi caliente que por lo visto habia escondido la gallina blanca al escarvar para poner el suyo. De modo y manera que el señor Pepe y la señora Isabel tenían razon en cuanto á las gallinas.

—Pero ni la señora Isabel ni el señor Pepe la tenían en cuanto á la disputa.

—Justo y cabal.

—Pues oye: tú y la Rosa que os vais á casar pronto y habeis visto esas peloteras y otras por el estilo, no debeis echar en saco roto lo que habeis visto.

—¡Canario! ya se ve que no lo echaremos.

Pepe y su muger y Santiago, han dado fin al contenido de la fuente y al de la bota.

—Ea, yo me voy á acostar á mi niña, dice Mariquita recogiendo los bártulos.

—¿Qué es eso? le pregunta Juan reparando en lo que habia apartado en la taza.

—Es para mi pobre gato, que como estaba tan enfadada con él, no le di nada cuando hice la cena, contesta Mariquita.

—Veneno le daría yo.

—¡Anda judío!... ¿Conque se queda Santiago guardando la era?

—Sí.

—Pues entonces vámonos nosotros, que ya es tarde.

—Anda, vete para allá, que yo voy en cuanto echemos un cigarro.

Juan y Santiago se sientan á fumar sobre el monton de trigo sucio.

—A ver si prendeis fuego al trigo, enemigos malos. ¡Malhaya el tabacazo!

—Anda, gruñona, que ya te entiendo, tú quisieras llevarme siempre prendido á la falda.

La Mariquita se aleja de la era y Juan y Santiago continúan sobre el monton de trigo chupando cigarros de papel del tamaño de un alfilerito.

—Señor Juan, ¿sabe Vd. lo que digo?

—¿Qué?

—Que cuando voy por casa del señor Pepe Berrinche se me quitan las *entinciones* de casarme y cuando voy por la de Vd. me vuelven de firme. ¿Qué me aconseja Vd.?

—Que te cases.

—¿Y si he equivocado la media naranja?

—Que te contentes con la que has escogido, porque los hombres de bien no deben escoger dos veces. Las naranjas ágrias, ágrias son siempre, pero el que no es lerdo siempre encuentra medio de hacerlas algo pasaderas.

(Se continuará.)

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

GEOGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

VIAJE Á LA MARINA
Y REGIONES OROGRÁFICAS DE LA AITANA.

En el número próximo daremos principio á este interesante y curioso trabajo que ha escrito para EL MUSEO nuestro distinguido colaborador D. VICENTE BOIX, Cronista de Valencia.

Las antigüedades que abundan en aquella comarca y los hechos históricos que han tenido lugar, hacen por demás interesante su lectura.

Haremos cuanto esté de nuestra parte por ilustrar este viaje con algunas vistas, segun se nos vayan remitiendo.